



La casa soñada: vivienda y espacio

JUAN DAVID CHÁVEZ GIRALDO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
jdchavez@unal.edu.co

Arquitecto de la Universidad Pontificia Bolivariana, magíster en Historia del Arte y doctor en Artes de la Universidad de Antioquia. Diseñador en su estudio particular. Profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia y asociado de la Universidad Pontificia Bolivariana. Con premios y menciones nacionales e internacionales en bienales de arquitectura y ganador de algunos concursos nacionales. Autor de más de un centenar de artículos, 12 libros y 11 capítulos; coautor de cuatro textos y editor de tres; director de la serie de libros OBRA y de la *Revista de Extensión Cultural de la Universidad Nacional de Colombia*, Sede Medellín. Conferencista en eventos nacionales y profesor invitado en varias universidades de Latinoamérica.

En este ensayo se exploran los aspectos invisibles que conciernen a la casa, así como los conceptos metafísicos asociados a ella y el significado simbólico que posee como arquetipo. A partir de la teoría planteada se analizan los tres momentos fundamentales de su evolución en la cultura: la cabaña primitiva, la casa preindustrial y la moderna para enunciar algunas características que debe tener la vivienda del futuro, con el fin de recuperar los aspectos ancestrales perdidos en el último siglo de su desarrollo. *Palabras clave: arquitectura, casa, hogar, espacio doméstico.*

This essay explores the invisible aspects of the home, together with the metaphysical concepts associated with it and its symbolic significance as an archetype. Based on the theory proposed in this essay, the three fundamental stages of the evolution of the home in culture are analyzed—the primitive hut, the preindustrial home, and the modern home—to outline some characteristics that the home of the future must possess, with the aim of recovering the ancestral aspects lost over the last century of development. Keywords: architecture, house, home, domestic space.

PRESENTACIÓN

¿Cómo es la casa de los sueños? Esta es una pregunta recurrente y, en la respuesta, tal vez los detalles y la ubicación difieran según cada persona, pero las condiciones esenciales son bastante parecidas: sencillez, libertad, autosuficiencia, vínculo con la naturaleza, seguridad, protección, aislamiento, intimidad y comodidad. La cuestión es más filosófica que arquitectónica porque la casa debe ser un refugio para el ser y para ser. De tal manera, este ensayo pretende ofrecer una serie de ideas para ampliar los conceptos sobre el significado y la condición simbólica del espacio doméstico que, en muchos casos, sólo se aborda como una realidad tridimensional, en cambio, se espera que el panorama teórico amplíe la comprensión de lo que está detrás de las apariencias.

EL ARQUETIPO

La casa de los sueños se parece mucho al dibujo que hacen los niños para representar el hogar: una cabaña arquetípica cuya fachada recrea el rostro humano, emplazada en el campo con un cielo luminoso, algunas plantas y animales domésticos (Figura 1). Como arquetipo, es una noción grabada en el inconsciente de los humanos¹ que se ha construido por milenios y se transmite de generación en generación y de manera automática, aferrada a las cadenas de ácido desoxirribonucleico como parte de las instrucciones vitales. Esa imagen encarna los deseos y las necesidades profundas y supera el tiempo y las geografías, con muy pocas diferencias entre las civilizaciones o las sociedades, ya que “la mayor parte de la cultura está hecha de rasgos que pertenecen en común a la humanidad o a un continente o, por lo menos, a toda una región y a numerosos grupos”.²

El boceto idílico e ingenuo de los niños está repleto de significado y es tremendamente simbólico, en él se alberga lo más importante de la existencia, su capacidad de síntesis desborda cualquier explicación racional, contiene una



Figura 1. *El arquetipo soñado*, Macarena Lopera Méndez (5 años), casa, 2021, dibujo sobre papel, 21,5 x 28 cm. Fuente: imagen proporcionada por la autora.

inagotable posibilidad de interpretación por ser la expresión emotiva del complejo dominio del interior humano asociado a lo doméstico (Figura 2). En la sencillez de este esquema está el infinito, porque la casa es el todo, el *axis mundi*,³ el centro del universo de cada uno, el depósito del yo que establece un lugar en el mundo para su seguridad y que norma el paraje sobre el cual se posa. Es el mandato que exhibe la pulsión de identificación con el mito original y con la condición virginal de lo primigenio. Por eso muchos aspiran a hacer lo que Henry D. Thoreau:

[...] fui a los bosques porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme solo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que la vida tenía que enseñar, y para no descubrir, cuando tuviera que morir, que no había vivido.⁴

1. C. G. Jung, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 10.

2. A. Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971, p. 271.

3. El “eje del mundo” es un concepto presente en numerosas culturas que representa la conexión entre el cielo y la tierra, y en el cual convergen todos los sentidos, las orientaciones y los mundos.

4. H. D. Thoreau, *Walden*, Madrid, Cátedra, 2017, p. 138.



Figura 2. El corazón del arquetipo doméstico, Sol Mejía Zapata (7 años), casa, 2025, dibujo sobre papel, 21.5 x 28 cm. Fuente: imagen proporcionada por la autora.



Figura 3. La cabaña forestal, Luz Helena Giraldo Molina, casas, 2004, edredón con fragmentos textiles (detalle), 240 x 150 cm. Fotografía: Juan David Chávez Giraldo.

La valiente decisión que tomó el escritor estadounidense para vivir durante veintiséis meses en una cabaña construida por él mismo junto al lago Walden, palpita entre los sueños para regresar a un entorno rural sencillo, alejado del consumismo y la ajetreada vida urbana, para establecer un territorio humanizado, similar a las condiciones que por milenios fueron testigos del proceso de domesticación del mundo. Es un terruño en el que lo necesario está al alcance de una caminata corta, lo que lo convierte en punto de referencia para guiar la nave existencial al puerto seguro tras el viaje de la vida (Figura 3).

LA ESTÉTICA DE LO DOMÉSTICO

La casa, entonces, ordena la cosmogonía, constituye el corazón de la galaxia escatológica y su imagen ancestral se ha tatuado en la memoria de la especie. Es la impronta del curso doméstico, que es lo que tiene que ver con el

hogar en conexión con el cosmos, por eso doméstico viene del latín *domesticus*, término para designar lo relativo de la casa, y de *domus*, que según la etimología indoeuropea, se refiere a *dom*, expresión para denotar a tres generaciones familiares y cuyo origen está en la raíz *dem* que significa construir, remitiendo a la percepción celeste del infinito que equipara el hogar con el Universo, pues domo es el equivalente inglés o francés de *dome*, derivado del latín *doma* o del griego *dôma* que es la cúpula que representa la imagen que se capta del Universo, y que le da sentido divino al hogar al capturar una porción de Cielo bajo la cual morar. Aquí cabe traer lo que M. Heidegger formuló: “1) Construir es propiamente morar. 2) El morar es la manera como los mortales están sobre la tierra. 3) El construir como morar se desarrolla en un construir que cuida, a saber, el crecimiento; y en un construir que erige edificios”.⁵

De tal manera, morar se refiere al cultivo y cuidado necesario para hacer habitable el mundo, humanizándolo, amoldándolo al cuerpo y al alma con la casa como prenda de fortuna. Ese cofre de tesoros, la casa, hecha a imagen del interés simbólico de la conciencia, materializa, en términos de Rudolf Arnheim, la visión poética del paisaje como un ámbito enfocado en la dinámica de la percepción, que se constituye en portadora de mensajes expresivos.⁶ Aquí, el paisaje no se limita a la idea de la imagen artística que se capta sobre un paraje, sino como la construcción estética que se logra en un proceso de interacción entre un sujeto y un territorio.

En este sentido estético, es conveniente entender que las experiencias se graban en la memoria dependiendo de su intensidad, del carácter y la importancia. Así, por ejemplo, un hecho en el cual se está en riesgo de perder la vida quedará profundamente marcado en el hipocampo (estructura del cerebro mamífero que desempeña funciones en la memoria y el dominio espacial) y sucede una cosa similar cuando el acontecimiento es grato. En el caso de los hechos asociados a la intimidad doméstica, esa memorabilidad no se limita a la vida de cada individuo, sino que,

5. M. Heidegger, “Martín Heidegger dice... construir, morar, pensar”, en *Morar*, vol. 1, núm. 1, 1995, p. 9.

6. R. Arnheim, *Arte y percepción visual*, Madrid, Alianza, 2002, p. 418.

como los genes que constituyen la herencia, se transmiten en cadenas generacionales vinculados a la resistencia, la longevidad y la conservación. Por eso, el espacio de la vivienda es uno de gran relevancia y sentido metafísico, en tanto dominio mental que supera los objetos y recintos para situarse en el campo de lo simbólico, trascendente y de carácter artístico —por ser umbral de paso del mundo sensible al filosófico— (Figura 4).

LA CONDICIÓN UNITARIA DE LA CASA, PAISAJE Y TERRITORIO

Las polaridades presentes en el universo conocido se manifiestan en todo y el ser humano también está constituido por estas (Figura 5); como al día le sigue la noche y como la luz es posible por la oscuridad, en el humano el equilibrio se logra cuando la quietud se compensa con el movimiento, cuando hay silencio tras el ruido, y lo abierto y lo cerrado se equiparan. En consecuencia, la casa debe tener la propiedad de sopesar el afuera —dinámico, veloz, extenso, extraño—, debe ser trinchera, amparo del enemigo y de las fieras, sitio para proteger las crías, mantener la familia y para la supervivencia del grupo; de tal manera, el hogar se asocia con el fuego que ahuyenta a los depredadores e invasores, conserva calientes a los infantes y asegura el alimento. El hogar conecta al humano con su propiedad homínida y con el habitar del *home*.

Esta palabra maravillosa de *home*, que designa un “lugar” físico, pero que también tiene el sentido más abstracto de un “estado de ser”, no tiene equivalente en los idiomas romances o eslavos europeos. Tanto el alemán como el danés, el sueco, el irlandés, el holandés y el inglés tienen palabras homófonas para decir *home*, todas ellas derivadas del antiguo noruego *heim*.⁷

Hombre, *home*, hogar, casa, términos hermanados que van más allá de lo material para situarse en lo mental y simbólico y que conducen al perímetro de la poética de la vivienda.

7. W. Rybcznski, *La casa: historia de una idea*, Madrid, Nerea, 1986, p. 71.



Figura 4. *Lo material y lo intangible de lo doméstico*, Natalia Echeverri, de la serie “Espacios de la casa”, 2017, acrílico sobre lona publicitaria, 78 x 108 cm. Fotografía: Juan David Chávez Giraldo.



Figura 5. *Polaridades: el interior simbólico*. María Correa, *Sin título*, 2016, mixta sobre papel, 35 x 50 cm. Fuente: María Correa.

El hogar, entonces, ha de ser una porción de mundo diferenciada del infinito, un espacio único de identificación, porque, en última instancia, “nuestra casa es el yo, no un edificio de cuatro paredes, el yo tiene la posibilidad de construir o destruir. El yo es una casa transportable, es cómoda, no tiene que estar localizada”,⁸ pero, como el cuerpo es frágil y corruptible, necesita la casa como abrigo, protección y defensa para el sueño, nutrirse, crecer, reproducirse y morir.

De ahí que la casa sea el territorio del yo, un pedazo de Tierra conectado con el Cielo que sirve de asiento a la fugaz existencia, prepara para el futuro desde el pasado, es arco que lanza al infinito la flecha de la vida. Es el territorio donde suceden los milagros de la vida. Territorio, porque el término viene del latín *territorium*, que significa extensión de tierra dividida políticamente, cuyos componentes léxicos son *terra* (tierra) y *orio* (pertenencia, lugar), y puede referirse, entre otras posibilidades, a un terreno o lugar concreto, como una cueva, un árbol o un hormiguero, donde vive un determinado animal, o un grupo de ellos relacionados por vínculos familiares y que es defendido frente a la invasión de otros.

De lo anterior, deben rescatarse dos factores: uno relacionado con un trozo de tierra privado y otro conectado

8. A. Leyte, “La casa del ser y otras casas inhabitables”, conferencia dictada en la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, 26 de septiembre de 2006.



Figura 6. El territorio doméstico. Gong Xian, *Morando entre montañas y nubes*, rollo colgante, tinta sobre papel, 1685, 414 x 151.8 cm, The Metropolitan Museum of Art. Fuente: <https://www.metmuseum.org/>

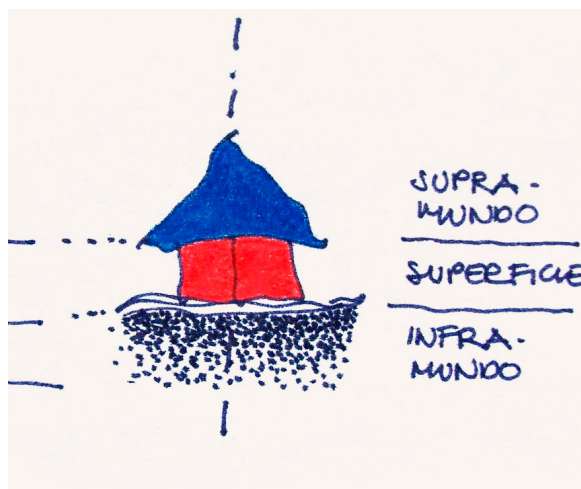


Figura 7. El atajo interdimensional, esquema. Fuente: elaboración propia.

con su práctica. De tal suerte, el territorio doméstico es ese espacio existencial donde se establecen los hábitos íntimos (Figura 6). El territorio de la casa se aferra a la tierra y a la Tierra, por lo que es tectónico, pero esta es apenas el basamento sobre el cual emerge la galaxia vital, la explicación de la existencia misma, el atajo espacio-temporal de interconexión dimensional porque la casa es el ombligo cósmico, el agujero de gusano (atajo hipotético que conecta dos puntos del Universo en diferentes tiempos) que trasciende la topología humana para vincular al ser con las divinidades del supramundo y con los demonios del averno (Figura 7).

En una gran cantidad de culturas, tradicionalmente, la casa es el espacio de los vivos y de los que ya no están ni son, es depósito de los estropeados cuerpos desalmados y lugar de los espíritus encarnados; por este motivo, la casa materializa el eterno retorno y la espiral cíclica de la vida; es una máquina de tiempo, un artefacto mágico que facilita la convivencia virtual con lo que fue y lo que puede ser, su "espacio es un cruzamiento de movilidades",⁹ sin tiempos, recodo del ahora que se fuga al ayer para imaginar el mañana.

Volviendo a la idea del paisaje como producto de una relación estética que se posa sobre una porción de un territorio, es oportuno anotar que para efectos de lo doméstico este dominio debe entenderse como un ente que posee

9. M. de Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana/ITESO, 2007, p. 129.

tanto una cualidad material objetiva como una parte invisible subjetiva; entonces, el territorio del hogar pasa a ser una representación alegórica como lo son las referidas estampas infantiles de la casa. Además, hay que tener en cuenta que la física cuántica ha demostrado la influencia mutua entre lo observado y el observador, por lo que la casa, vista como paisaje, alude a un territorio de efectos estéticos y dinámicos en los que su habitante compromete la arquitectura y, a su vez, se ve habitado por ella.

De tal manera, el paisaje de la casa implica la mirada, el ángulo desde el cual se percibe la ráfaga de impulsos que proyecta lo observado, ya que la visión está supeditada a la experiencia individual, a los condicionamientos culturales y a la herencia biológica, lo que permite deducir que no hay una única realidad, que cada paisaje, cada territorio y, por ende, cada espacio doméstico, es diferente para cada persona, pues remite a ideas y conceptos distintos aunque la impresión sea similar y el objeto captado sea común por tratarse de tipos, que son portadores de rasgos comunes en conjuntos amplios de elementos y, con mayor razón, si se trata de arquetipos, que son de carácter universal, como ocurre con el doméstico.

La casa, considerada como el territorio de lo íntimo y lo doméstico, es una colección de imágenes de valor ontológico (naturaleza del ser y de la existencia) en consonancia con la tensión entre lo interno y lo externo; es un paisaje de condiciones estéticas ligadas a lo profundo de la interioridad de sus habitantes. Como paisaje, lleva en su sustancia la construcción espacial, la determinación de un orden y la estructura que el habitante le otorga, aquel que disfruta o padece el soplo de la vida y el desliz del tiempo, y que se ve condicionado por el afuera y por la potencia del mundo para erigir recintos y construir ideas de ellos en su interioridad, para verse reflejado en los confines de su espejo, porque:

El Hombre no puede escapar de su propio logro, no le queda más remedio que adoptar las condiciones de su propia vida; ya no vive solamente en un puro universo físico, sino en un universo simbólico. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen partes de este universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana.¹⁰



Figura 8. La choza: ombligo cósmico, esquema. Fuente: elaboración propia.

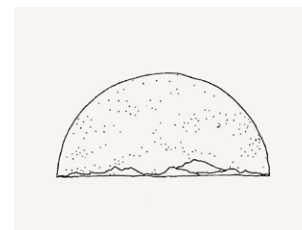


Figura 9. La cueva: el cielo en la tierra, esquema. Fuente: elaboración propia.

La casa es el destilador de las experiencias, es el vestíbulo hacia el mundo onírico (perteneciente a los sueños), en la casa se alberga el infinito y el instante, es templo íntimo de conexión con el lugar de las postrimerías de la muerte: el infierno o el paraíso, y como la casa de Frida Kahlo: “pintada de azul, por fuera y por dentro, parece alojar un poco de cielo [...] donde la buena mesa y el buen sueño le dan a uno la energía suficiente para vivir sin mayores sobresaltos y pacíficamente morir”.¹¹ Así, el espacio doméstico permite los placeres y cuidados para la carne trémula que encierra el espíritu con nerviosa agitación por los miedos y las negaciones, pero que le permite comprobar el mundo y santificarse al liberar la sensibilidad propia de la limitada materia; y, en la condición cíclica del ser, le remite al tierno domicilio del nido, que no puede ser tocado porque se viola su condición femenina, su personificación maternal, el empollamiento de los pichones que crean en él su primera imagen de mundo antes del vuelo.

Entendido así, el territorio de la casa es metáfora del útero, emparentada con la choza (Figura 8) o la cueva (Figura 9), sus ancestros. Este territorio establece un amasijo de amor porque es el principio de la supervivencia y el lugar donde se hacen los hijos para asegurar la permanencia. Es el huevo inmaterial que siempre se porta; encarna la fortaleza maternal y la protección incondicional de los retoños; es la energía que acompaña al ser humano, tal cual la concibieron G. Deleuze y F. Guattari al plantearla como el “huevo del cuerpo sin órganos” presente desde la concepción biológica hasta el destino final de la carne.¹²

10. E. Cassirer, *Antropología filosófica*, Bogotá, FCE, 1976, p. 47.

11. C. Pellicer, *La casa azul*, Museo Frida Kahlo, en <https://www.museofridakahlo.org.mx/es/el-museo/> (Consultado el 21/06/2025).

12. G. Deleuze y F. Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1994, p. 168.

El de la vivienda es un territorio misterioso que permite acercarse a ser como se es, sin etiquetas ni modales, donde no hay que dar explicaciones de nada ni a nadie, solar para ocultar lo inmostrable. De allí sus gruesos muros, sus puertas infranqueables, sus férreas trancas y cerraduras, sus diminutos postigos, sus canijos y elevados vanos, y las trampas, zaguanes, pasadizos y laberínticos rodeos que impiden la mirada indiscreta (Figura 10); por eso, también, los altillos, las despensas encubiertas, las buhardillas empolvadas, los cuartos añejos, los baúles, los cofres, los arcones, las alcancías, los alhajeros y las bomboneras, los retratos, las imágenes, las estampas y los exvotos.

El territorio de la casa es, al mismo tiempo, la nación de los olores, los humores, los sabores, los aromas, la templada textura de las ropas recién planchadas, los tímidos rayos de sol que se cuelan por los techos agujereados y entre las tablas de las paredes o que bañan las horas en cascadas que se descuelgan por los patios y dejan avistar los colores mutantes del firmamento para recordar el paso implacable del tiempo y el breve segundo de la presencia humana. Patios que, además, permiten la instalación de la escalera virtual para que los mortales asciendan al empíreo y los dioses bajen a la superficie de los mundanos. El patio, evolución poética de la chimenea, por donde salían los humos del hogar, es la oquedad desde la cual los superiores vigilan el devenir entrañable ocurrido en el continente doméstico (Figura 11). La casa es mucho más que sus paredes, es una atmósfera, el espacio de lo intangible y lo perpetuo personificado en las piedras; es techo, piso y muro alquímico que anida el orbe metafísico y habita al ser al que le da cobijo.

Al ser el primer gesto de la arquitectura y haber acompañado la evolución del género homínido por más de 300 000 años¹³ es, por excelencia, el aposento del espíritu que ha permitido morar la Tierra separando un trozo de ella al calor de las brasas para delimitar lo propio y expropiar al otro. Esto explica la entrañable pertenencia al simbólico territorio de la casa que, de acuerdo con José Luis Pardo, no es ubicable por ser eterno e inextenso.¹⁴ Por eso



Figura 10. El cofre hermético. Casa particular, Oranjestad, Aruba. Fotografía: Juan David Chávez Giraldo.

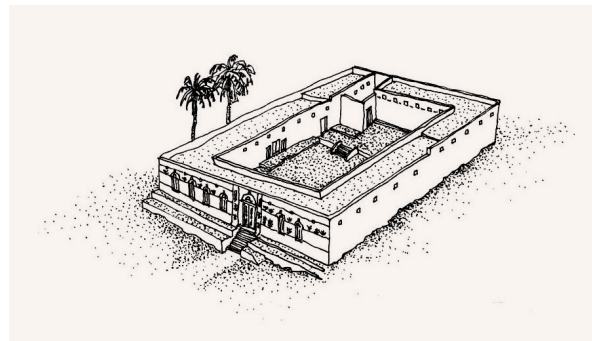


Figura 11. El patio ancestral. Casa semiurbana en Nubia, Alto Egipto, etapa árabe, siglo XIV. Tinta sobre papel, 8 x 4 cm. Fuente: elaboración propia.

G. Bachelard dice que “todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa”,¹⁵ porta el concepto de firmeza, solidez, resistencia, seguridad y serenidad y, al mismo tiempo, expira complejidad, terror y misterio como la de Bernarda Alba de García Lorca, la Amarilla de Van Gogh, la de Ana Frank, la Tomada de Cortázar o la Madriguera de Potter.

Los objetos, los cerramientos y las aberturas son apenas lo obvio, pero el espacio de la casa es como el mundo para el vate Rilke: “es grande, pero en nosotros es profundo como el mar”. El territorio doméstico no es “extensión que contiene la materia” ni la “parte ocupada por la casa material”, es una esfera contenedora y contenida que surge en la mente por la necesidad de asir el mundo, por el deseo legítimo e inalcanzable de aprehender el secreto de la existencia. Y si, como lo concebía Einstein, el espacio, al igual que el tiempo, es una invención del ser humano para

13. Wikipedia, *Casa*, en <https://n9.cl/me4ynh> (Consultado el 31/10/ 2025).

14. J. L. Pardo, *Las formas de la exterioridad*, Valencia, Pre-textos, 1992.

15. G. Bachelard, *La poética del espacio*, México, FCE, 2005, p. 35.

explicarse a sí mismo, y “el hecho humano por excelencia es tal vez menos la creación del útil que la domesticación del tiempo y del espacio, es decir, la creación de un tiempo y un espacio humanos”,¹⁶ la casa es el perfecto artefacto crisopéyico.

EL CUERPO DE LA CASA, SU ESPACIO Y SU TIEMPO

La casa también es extensión del ser al igual que el vestido, es otra piel que se sobrepone al nimio cuerpo y oculta lo de adentro, esto explica que “el revestimiento, que tiene su origen en el arte textil, da dimensión simbólica a la arquitectura, pero coincide con uno de los elementos básicos, el muro, que delimita el recinto doméstico”.¹⁷ Así mismo, hay que tener en cuenta que todo artefacto posee una función mecánica y una simbólica, surge de una necesidad práctica y adquiere sentido al vincularse con la memoria o los deseos mediante actos comunicativos y rituales a través de los cuales adquiere capacidad semántica y sintáctica: representa y señala. Al igual que la dermis, tanto el traje como el muro hablan por quien los viste y, al mismo tiempo, interpelan a su portador; amplían la imaginación o la restringen, estrangulan la expresión o la liberan, registran los acontecimientos, exponen y encubren, atraen o rechazan, expulsan o engullen; lo que subraya que la arquitectura no es meramente un habitáculo o un objeto para residir, en cambio, es un espacio mental en el cual tienen lugar los significados de la cotidianidad¹⁸ y, entonces, la casa es más que su sujeto u objeto, es la máxima expresión simbólica de la fascinante intimidad (Figura 12).

¿Y qué clase de espacio es el de la casa? En términos muy generales, las ciencias puras mantienen la tradición aristotélica retomada por Einstein, al considerar al espacio como un accidente de la sustancia, como la cualidad posicional del mundo material que lleva a una definición geométrica y tiene que ver con el aspecto matérico. Pero otro concepto einsteiniano, vinculado con lo propuesto por Kingdon, lo define como una condición previa a la materia

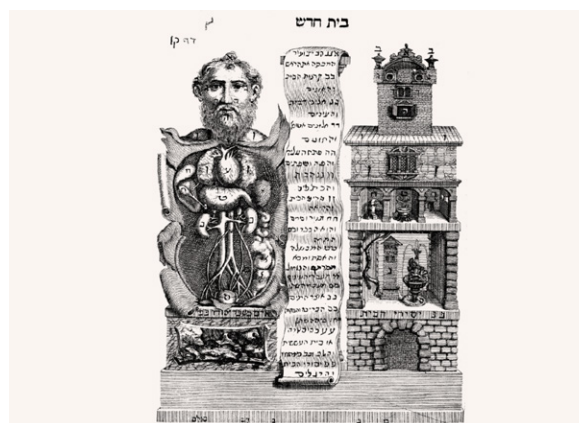


Figura 12. *Cuerpo-casa: eco arquitectónico*, anónimo, grabado sobre papel, s. f. Enciclopedia hebrea del siglo XVIII. Fuente: <https://n9.cl/24okul>

que determina la forma y el mundo físico;¹⁹ según esta perspectiva, el espacio es cinemático y, por lo tanto, requiere ineludiblemente del tiempo.²⁰ Esta concepción tiene raíces en la sentencia de Leibniz *Spatium est ordo coexistendi* (el espacio es el orden de lo coexistente),²¹ que confirma su relatividad y da lugar a las ideas de Faraday y Maxwell, quienes instauraron la concepción tetradimensional de la realidad, desde la cual se estima como un territorio cuyas variables, interdependientes, están regidas por las propiedades del espacio-tiempo. A esto es necesario sumar la línea de pensamiento kantiana heredada por Cassirer, Leroi-Gourhan y Pardo, para quienes el espacio no existe como una entidad del mundo externo, sino que es una manera de percibirlo, que implica una predeterminación similar al lenguaje (se piensa según la lengua a la que se pertenece).

En síntesis, el espacio de la casa tiene una condición material y una temporal complementaria, ya que la vivienda es un ámbito arquitectónico y la arquitectura es una disciplina que acoge tanto la sustancia como las ideas y los comportamientos (Figura 13); de tal manera, la definición y caracterización del espacio doméstico debe conjugar las dos dimensiones del universo: el espacio y el tiempo, que corresponden, respectivamente, a la exterioridad y a la interioridad del ser. Pero, en el espacio de la vivienda hay que resaltar el dominio del adentro, aunque su lecho material, la base geométrica tridimensional que permite el desplazamiento de los cuerpos, la interacción orgánica y la transmutación biológica, es su cara sensible (Figura 14).

16. Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra*, op. cit., p. 303.

17. J. M. Hernández, *La casa de un solo muro*, Madrid, Nerea, 1992, pp. 83-84.

18. P. Salabert Solé, *Pintura anémica, cuerpo suculento*, Barcelona, Laertes, 2003, p. 216.

19. M. Jammer, *Conceptos de espacio*, México, Grijalbo, 1970, p. 207.

20. *Ibid.*, “Prólogo”.

21. *Ibid.*, p. 23.



Figura 13. *La sustancia y lo invisible*, casa particular, Holetown, Barbados. Fuente: fotografía de Juan David Chávez Giraldo.



Figura 14. *La membrana delimitante*, casa particular, Asunción, Paraguay. Fuente: fotografía de Juan David Chávez Giraldo.



Figura 15. *La casa primigenia*, Coe Dup, isla de las Mulatas, archipiélago de San Blas, Panamá. Fotografía: Juan David Chávez Giraldo.

LA CASA INICIAL: ESPACIO MÁGICO

De acuerdo con lo expuesto, puede entenderse que en muchas culturas atávicas el espacio doméstico sea concebido como un caleidoscopio que repite imágenes espectrales que multiplican la inagotable consistencia de lo emocional, por ello, en aquellos grupos, donde todavía coexisten las polaridades en armonía y no hay una inclinación hacia los valores modernos de lo universal, visual, lógico y matemático, el espacio de la vivienda aún es un entorno alquímico, de fantasía, creativo, abierto, en el que cada componente y cada principio compositivo, además de su papel estructural o delimitante, posee un halo emblemático, una divisa ideográfica, es el epónimo de un sentido conceptual que define la profundidad de lo íntimo (Figura 15). Como lo plantea Régis Debray para la

imagen en Occidente,²² la vivienda primitiva —cabaña o cueva— establece un espacio supeditado a una mirada mágica que le concede su trascendencia, lo conecta con todos los estratos y mundos de su cosmogonía. El espacio del hogar ancestral no tiene límites, no sabe de tiempos terrenales, sino que es eterno como las almas de sus habitantes. Pero excava en la tierra o en el agua para encontrar el albergue aliado de sus antepasados, los que, habiendo retornado al polvo o al líquido, fundan el presente. En este espacio hay una conexión indisoluble con los fallecidos, que reposan en el entresuelo o entre los palafitos, son habitados y también habitantes del territorio doméstico; su presencia yacente, vigila y protege a los mortales y le estipula la condición numinosa y sagrada a la casa.

La casa que corresponde a este estadio es un puente interdimensional, su territorio se escurre por los poros de la Tierra y se evapora hacia el Cielo fascinante, donde se encuentra con los seres extraterrestres para comulgar en la perfecta sabiduría. Bautizado por la magia de su divinidad, el espacio de la vivienda primigenia ritualiza los actos y los hábitos, y transmuta la profana cotidianidad para convertir la realidad en un espacio excepcional de carácter sacro. Así, la casa es poseedora de un sumo poder que manifiesta la voluntad de los dioses y facilita el tránsito de los mortales acompañándolos en su proceso metamórfico; por eso, el espacio de la casa inicial es como un capullo que protege a la crisálida antes del feliz vuelo de la mariposa, para dar testimonio del ciclo vital emancipador a través del cual se logra el desprendimiento del cuerpo físico que sujeta a las almas encarnadas.

Este espacio mágico corresponde a lo que A. Rapoport²³ consideró como un tipo primitivo en el que domina una actitud religiosa y cosmológica supeditada al dominio del entorno sobre el humano, con muy pocas variaciones morfológicas y, por lo general, obediente a una construcción colectiva en la que participan varios miembros de un grupo, quienes ritualizan la posesión de un terreno, establecen los límites sobre la *res extensa* (sustancia material) para crear un espacio íntimo derivado de la *res cogitans* (sustan-

22. R. Debray, *Vida y muerte de la imagen*, Barcelona, Paidós, 1998.

23. A. Rapoport, *Vivienda y cultura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1969.

cia mental). Es el espacio de la presencia, allí está el todo. No hay distinción entre dimensiones, estados, cuerpos y almas, seres ni ciclos; es un dominio preñado de energía, atemporal, cíclico, perpetuo, perenne e imperecedero que constituye:

Un espacio ordenado, cuyos límites se pueden tocar en un tiempo compatible con la rotación de las operaciones cotidianas. Es también un espacio que responde a las necesidades estéticas fundamentales, que responde a la inserción de las superficies humanizadas en una proporción suficiente, de cielo y de naturaleza.²⁴

Como muchos de los productos culturales de los primeros grupos, y como la civilización misma, perduró en la historia y su desarrollo fue pausado, sin la ambición del afán ni el apremio de la agitación. La condición mágica del espacio de la vivienda primitiva permaneció por milenios en todo el globo y aún pervive en algunos grupos aislados para conservar el hogar como foco espiritual y material, para amalgamar el sentido humanizado de lo divino, fortalecer los vínculos con el más allá y catalizar la emoción mediante la protección, el aislamiento y la intimidad al amparo de una estructura vertical simbólica que la especie humana ha conformado a partir de la explicación sistémica del cosmos y de la casa como reflejo fractal, desde la estructura de su propio cuerpo. La permanencia de sus esquemas ha impreso un sello indeleble en el espacio de la vivienda, que se ha heredado hasta la actualidad, aunque no seamos conscientes de ello, fundamentalmente porque “la organización del espacio habitado no es solamente una comodidad técnica; es, al mismo título que el lenguaje, la expresión simbólica de un comportamiento globalmente humano”.²⁵

LA CASA PREINDUSTRIAL: ESPACIO ARTÍSTICO

El mismo vector espacial de la vertical simbólica aparece después en los diferentes desarrollos tipológicos de la vivienda, como en el caso de las casas vernaculares preindustriales, en particular, las que ordenan su sistema espacial

mediante patios, que son los que “*dan lugar* a la apertura de cielo y a la cerrazón de tierra, en cuanto que ellas custodian las señas del dios ausente y acogen la existencia de los mortales”.²⁶ Estas viviendas corresponden a la mirada estética que el comentado Debray definió para la imagen occidental, cuando se da una actitud simbiótica frente al paisaje, en la cual la naturaleza y el ser humano están en equilibrio y él se siente responsable de aquella ante Dios. Este momento de la vivienda posibilita una mayor cantidad de tipos diferentes, que son construidos por profesionales expertos e incorpora al espacio doméstico la idea representativa, es decir, a diferencia del espacio mágico de la casa primitiva que tenía la condición de la presencia, el espacio de la vivienda preindustrial es un espacio de la representación.

Bajo esta nueva categoría, irrumpe la consciencia del orden humano impuesto sobre el universo, la razón desplaza progresivamente la propiedad religiosa que se le imprimía al mundo y el animismo que dotaba de vida a lo inanimado. Un mundo moderno basado en el triunfo de la razón que entendió el papel del ser como un individuo capaz e independiente de lo natural, pero en armonía con ello. De tal suerte, la casa pasó a ser un espacio que remite al cielo prometido, que representa el cofre que resguarda la esencia de ser, es el plano de los mortales que se preparan para el disfrute de los privilegios celestiales, es lugar de paso y ya no de permanencia, es espacio de tránsito gozoso por la certeza de la felicidad futura; su naturaleza es medio de mutación, en ella se manifiesta el poder divino y a través de ella se alcanza la iluminación.

El cuerpo y su cuidado, la intimidad, el lugar de lo doméstico y su espacio cobran una perspectiva humanista que se apoya en la mirada estética porque el hombre se identifica como algo independiente que observa el mundo, que atiende sus cualidades y que le da sentido a su vida al valorar la obra divina, que ha sido puesta a su servicio. El espacio de la vivienda, entonces, se hace escenográfico, se convierte en el lugar de la acción, en el apoyo dramático de la experiencia, el mundo se descubre en el detalle, se nutre de todos los estímulos que enriquecen la percepción y la sensación se ve potenciada en una especie de realidad

24. Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra*, op. cit., p. 333.

25. *Ibid.*, p. 311.

26. F. Duque, *Habitar la tierra*, Madrid, Abada, 2008, p. 143.



Figura 16. *El ámbito estético-poético*, casa particular de patio lateral, c. 1940, Medellín, Colombia. Fotografía: Juan David Chávez Giraldo.

aumentada en la que el espacio íntimo es protagonista. Desde los postulados de Leroi-Gourhan, puede afirmarse que el espacio, el tiempo y la forma de este universo doméstico son productos de los ritmos que “toman su fuente en la sensibilidad visceral y muscular profunda, en la sensibilidad dérmica, en los sentidos olfato-gustativos, auditivo y visual; en fin, en la imagen intelectual, reflejo del conjunto de los tejidos de sensibilidad”.²⁷ Olores, colores, texturas y sonidos anegan la experiencia que brinda la vivienda.

De tal manera, la calidad de la vida se mide con el rasero de la memoria de los acontecimientos que se graban en las entrañas y que dejan marcas profundas relacionadas con el soporte tridimensional de la intimidad. Por lo tanto, la casa se convierte en un artefacto que permite registrar, conservar y evocar lo que se vive. El espacio doméstico se hace morada de Mnemosine, recinto de las nueve noches en las que engendró con Zeus las nueve musas que vieron la luz en el parto múltiple que iluminó el mundo. El espacio de la vivienda se volvió arte (Figura 16).

27. Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra*, op. cit., p. 268.

LA CASA MODERNA: ESPACIO DE CONSUMO

Este espacio preindustrial perduró por décadas, ya no milenios, y es posible, incluso, asistir a él en algunos reductos privilegiados. Pero la aparición implacable de la mirada económica, tercer momento identificado por Debray en la imagen de Occidente y enunciado por Rapoport como un periodo explotador en donde el hombre acusa una actitud consumista y destructora, corresponde a la vivienda moderna, que da lugar a muchos tipos especializados y cuyo diseño y construcción está a cargo de equipos interdisciplinarios. Este nuevo paisaje doméstico es un espacio simulado que, sin el carácter trascendental y espiritual en la vida íntima, ha perdido el sentido ancestral y ha roto la evolución natural de sus cualidades. Tampoco ha sabido conservar la consistencia estética, al desplazar su centro de gravedad a la apariencia frágil de una imagen carente de sustancia ontológica. Obviamente, están las excepciones, pero la inmensa mayoría de las edificaciones dispuestas para albergar a la incontable marea humana que ocupa la faz del planeta no es otra cosa que un producto seriado que repite esquemas pobres incapaces de captar, adecuadamente, las necesidades abismales de la compleja intimidad.

En medio de una crisis existencial generalizada, creyendo superada su característica espiritual, el hombre actual no se reconoce como parte de un todo y se dirige a la pérdida irreparable de su sentido histórico. En un entorno dominado por los criterios financieros y el lucro económico, las formas de interacción están gobernadas por el temor, la sospecha y el engaño, que producen seres narcisistas que se aíslan y toman distancia de lo importante para contemplar ideales de éxito enfocados en lo material, en la acumulación de riqueza y en la satisfacción instantánea a través de la tecnología digital, reemplazando el sentido por la sensación. Se borra la posibilidad de lo afectivo y se asume una postura alienada de crecimiento y desarrollo infinito que ha puesto al planeta al borde del colapso. Es la era del hombre contra la Naturaleza, y ahora el espacio de la vivienda se ha aplanado hasta encapsular la incontenible profundidad humana. Ante la ausencia de lo natural, el distanciamiento de los elementos y las fuerzas originales a las que estuvo sometido armónicamente por siglos, hasta el aparato fisiológico se ve afectado y manifiesta, en múltiples



Figura 17. *La espacialidad emparedada*, Castillo Grande, Cartagena de Indias, Colombia. Fotografía: Juan David Chávez Giraldo.

patologías, el desequilibrio orgánico y la carencia de los fundamentos mentales que marcaron el desarrollo humano vinculado siempre al dominio doméstico.

Las torres de apartamentos (Figura 17), el tipo arquitectónico más usado para contener la vivienda en todo el mundo desde mediados del siglo pasado, sin duda alguna favorece la concentración de la población y posibilita la subsistencia frente a la necesidad básica del cuerpo para resguardarse del entorno. No obstante, y aceptando que es imposible que los más de ocho mil millones de personas²⁸ que habitan este azulado cuerpo celeste vuelvan a la casa soñada descrita en las primeras líneas de este texto, la torre ha traído una serie de transformaciones indeseables al espacio doméstico que borran por completo su esencia antigua y rompen el hilo tradicional de sus conexiones y sus estribaciones. La emparedada y horizontalizada geometría obligada de los apartamentos que componen los edificios de vivienda, ha borrado de tajo la estructura vertical simbólica de la casa primitiva y de la casa preindustrial, hasta achatar el espacio mental y no sólo el tectónico; de tal suerte, la pérdida del amarre del espacio doméstico con la Tierra y con el Cielo contribuye a consolidar un mundo a-religioso en el que no se percibe la pertenencia a ellos ni se logra dar cabida al sentido real de habitar, que en térmi-

nos heideggerianos se concibe como la acción de ser en la Tierra, propia de los humanos, como la de cultivar lo que crece en ella para salvarla y para recibir el Cielo aceptando la limitación de lo natural y estando a la espera de los seres divinos y de la muerte, para recordar lo efímero de la existencia, que culmina con el desapego corporal y el retorno a lo divino.

Los apartamentos de estas torres, infortunadamente, separan de lo necesario y no aíslan lo inconveniente, apartan lo requerido y no lo aborrecido. No logran configurar un espacio de ensoñación, exponen lo privado, muestran lo que no se desea exhibir, permiten la invasión de toda clase de entrometidos, impiden que el firmamento haga presencia hasta olvidar que “la función primaria de la casa es filtrar el mundo exterior y producir un encuentro cuasiteológico con el cielo vacío, un cielo que la casa privatiza”.²⁹ Es un espacio sin consistencia, sin blindaje y frágil, a pesar de su “solidez material”. Soporta, más o menos bien, los avatares del clima y es el resultado de operaciones mecánicas de gran rentabilidad económica, pero enorme empobrecimiento simbólico.

No permiten el disfrute pausado del instante ni reflejan el eterno ciclo de la vida y reducen el tiempo como bomba gravitacional que fuerza su curvatura natural para dar origen a un espacio extraño, ajeno, inhabitado e inhabitable. Higienizado, racionalizador, simplificador y superficial, no facilita la trascendencia, no acuna lo divino y desacraliza la acción. Es un espacio poblado por espantos, ya no por espíritus. Cuadrulado y ortogonal, es incapaz de dar asiento al abrazador cobijo del hogar, más que espacio es forma, es imagen, es superficie, es contenedor sin contenido. Está hecho desde afuera como un objeto que ni sospecha el peso enorme de la inmensidad íntima.

En los apartamentos de estas espigadas construcciones, paradójicamente, no hay vestigios de la estructura vertical que el imaginario universal de la especie conformó con el tiempo y solidificó, a pesar de ser invisible, como una explicación estructural del cosmos y como un principio ordenador del territorio de la vivienda, en consonancia

28. Worldometer, *Población mundial actual*, en <https://www.worldometers.info/es/poblacion-mundial/> (Consultado el 31/10/2025).

29. B. Colomina, *La domesticidad en guerra*, Barcelona, Actar, 2006, p. 237.

con la configuración tripartita del cuerpo: tronco, cabeza y extremidades. Se ha perdido la gradería espiritual de ascenso y descenso numinoso al eliminar el sentido filosófico del espacio de la vivienda, pues “cada una de estas imágenes equivalentes –Cosmos, casa, cuerpo humano– presenta o es susceptible de recibir una ‘abertura’ superior que haga posible el tránsito al otro mundo”.³⁰

Epílogo

La caracterización del espacio de la vivienda que se ha presentado, intenta explicarlo desde una perspectiva que supera la limitada concepción tridimensional del espacio como un lugar que ocupan los cuerpos, como el vacío que puede ser habitado, ya que “toda imagen se transforma en representación de algo que supera los propios límites físicos y perceptivos del reconocimiento para dilatarse indefinidamente hasta constituirse en ‘visión del mundo’, que a su vez es reflexión y parte constitutiva de este”,³¹ en tal sentido, también es válido recordar que Hegel puso en evidencia que el ser humano “no es libre en sí mismo pues no se determina según la universalidad y racionalidad esenciales de su voluntad, ni es libre respecto al mundo externo porque el deseo permanece esencialmente determinado por las cosas y relacionado con ellas”,³² y como tal, en sentido estricto, es la arquitectura y son los espacios arquitectónicos los que nos habitan; el espacio es más un verbo que un sustantivo.

Este texto pretende ir más allá de una descripción, trata de proyectar futuros escenarios en los que la vivienda, como protagonista de la experiencia, se vea cualificada al afinar los estados de ensoñación íntima para encontrarle sentido a la efímera permanencia en la Tierra y un sentido poético configurador de mundo. De tal manera, se podrá asistir a una mirada poseconómica que, en términos de lo doméstico y sus soportes arquitectónicos, logre recomponer el rumbo de la permanente manifestación del hombre, que es más estable psicológicamente de lo que se piensa³³ y de

lo que la publicitada innovación progresista nos hace creer, pues por extraño que parezca, el cuerpo humano actual no difiere casi del que tenían los antepasados prehistóricos, sus necesidades y requerimientos son prácticamente idénticos; no se debe olvidar que “toda la ascensión de las civilizaciones se ha hecho con el mismo hombre físico e intelectual que acechaba al mamut y que nuestra cultura electrónica apenas quincuagenaria tiene como soporte un aparato fisiológico viejo de cuarenta mil años”.³⁴ Es, pues, el mismo cuerpo, que es el “transductor y productor de espacios. El cuerpo humano es el que abre espacios”³⁵ y permite habitar la Tierra de manera poética para darle sentido a lo im-poético.

De este modo, el espacio de la futura vivienda deberá recobrar de la Naturaleza sus propiedades físicas y químicas, por lo tanto, deberá estar próximo a la tierra, además, porque como lo recuerda Duque: “*homo* procede de *humus*, y [...], en consecuencia, ser hombre es saber ser humilde”.³⁶ Ese futuro espacio doméstico deberá construir un microcosmos aislado para la interiorización y la regeneración, donde la sensación de protección y seguridad sean prioritarias y, sobre todo, deberá permitir atrapar una porción de cielo para recuperar la connotación numinosa, porque “lo que está ‘en lo alto’, lo ‘elevado’, continúa revelando lo trascendente en cualquier contexto religioso”,³⁷ incluso en la contemporaneidad en la que el humano, incrédulo, escéptico y sobrevalorando la razón, se siente, en muchos casos, como un ser agnóstico, pero en lo profundo de su inconsciente sigue siendo un animal simbólico y místico que aspira al retorno divino.

Así, se rehumanizará el mundo y la casa de los sueños, tal vez, deje de ser un espejismo inalcanzable para convertirse en espacio vívido de condiciones poéticas, cuya envolvente externa cobre sentido al constituir un espacio doméstico más allá de su geometría y de esta manera supere una relación asemiótica propia de los utensilios para radicarse de nuevo entre los productos artísticos (Figura 18).

30. M. Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Labor, 1992, p. 146.

31. M. Vitta, *El sistema de las imágenes*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 66.

32. G. W. F. Hegel, *Estética. Introducción*, Buenos Aires, Leviatán, 1983, p. 94.

33. J. M. Schaeffer, *Adiós a la estética*, Madrid, Machado libros, 2005, p. 106.

34. Leroi-Gourhan, *El gesto y la palabra*, op. cit., p. 388.

35. F. Duque, “La ciudad”, Conferencia, Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, 8 de junio de 2007.

36. Duque, *Habitar la tierra*, op. cit., p. 62.

37. Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, op. cit., p. 111.



Figura 18. *El futuro: recuperar lo esencial*, artefacto metálico, 21 × 15 × 17,3 cm.
Fotografía: Juan David Chávez Giraldo.

FUENTES CONSULTADAS

- ARNHEIM, R., *Arte y percepción visual*, Madrid, Alianza, 2002.
- BACHELARD, G., *La poética del espacio*, México, FCE, 2005.
- CASSIRER, E., *Antropología filosófica*, Bogotá, FCE, 1976.
- CERTEAU, M. de, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana/ITESO, 2007.
- COLOMINA, B., *La domesticidad en guerra*, Barcelona, Actar, 2006.
- DEBRAY, R., *Vida y muerte de la imagen*, Barcelona, Paidós, 1998.
- DELEUZE, G. y Félix G., *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 1994.
- DUQUE, F., *Habitar la tierra*, Madrid, Abada, 2008.
- DUQUE, F., "La ciudad", Conferencia, Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, 8 de junio de 2007.
- ELIADE, M., *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Labor, 1992.
- HEGEL, G. W. F., *Estética. Introducción*, Buenos Aires, Leviatán, 1983.
- HEIDEGGER, M., "Martín Heidegger dice... construir, morar, pensar", en *Morar*, vol. 1, núm. 1, 1995.

- HERNÁNDEZ, J. M., *La casa de un solo muro*, Madrid, Nerea, 1992.
- JAMMER, M., *Conceptos de espacio*, México, Grijalbo, 1970.
- JUNG, C. G., *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona, Paidós, 1994.
- JUNG, C. G. et al., *El hombre y sus símbolos*, Madrid, Aguilar, 1969.
- LEROI-GOURHAN, A., *El gesto y la palabra*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971.
- LEYTE, A., "La casa del ser y otras casas inhabitables", Conferencia dictada en la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, 26 de septiembre de 2006.
- PARDO, J. L., *Las formas de la exterioridad*, Valencia, Pre-textos, 1992.
- RAPOPORT, A., *Vivienda y cultura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1969.
- RYBCZNSKI, W., *La casa: historia de una idea*, Madrid, Nerea, 1986.
- SALABERT SOLÉ, P., *Pintura anémica, cuerpo succulento*, Barcelona, Laertes, 2003.
- SCHAEFFER, J. M., *Adiós a la estética*, Madrid, Machado libros, 2005.
- THOREAU, H. D., *Walden*, Madrid, Cátedra, 2017.
- VITTA, M., *El sistema de las imágenes*, Barcelona, Paidós, 2003.

Referencias electrónicas

- PELLICER, C. *La casa azul*, Museo Frida Kahlo. En <https://www.museofridakahlo.org.mx/es/el-museo/> (Consultado el 21/06/2025).
- WIKIPEDIA, *Casa*. En <https://es.wikipedia.org/wiki/Casa#:~:text=Cultura%20de%20Cucuteni.-,Precedentes,C> (Consultado el 31/10/2025).
- WORLDOMETER, *Población mundial actual*. En <https://www.worldometers.info/es/poblacion-mundial/> (Consultado el 31/10/2025).